

Ester rióse, y dijo en voz alta:

—Dáselo al ama. Conmigo llora y no sé hacerlo callar...

En apariencia, todos estaban alegres. Pero en el fondo, algo había allí que presagiaba tristezas.

VIII

Ester despertóse y miró el reloj.

—Las nueve ya, — pensó. — Tengo que levantarme.

Se incorporó en la cama y se calzó las pantuflas; se subrió con su *saut de lit*.

Mientras arreglaba su peinado, pensaba en lo que haría en la casa y en la cocina.

Quería que cuando volviera Julián a almorzar encontrara todo arreglado, por que sino protestaría y... con razón.

El día anterior, por un capricho de ella, había despedido a las sirvientas y, ahora, se encontraba sola con el ama.

—¡Bah, — pensó — no hay que apurarse. El ama hará todo y yo tendré al nene.

Terminó su tocado y llamó al ama, ordenándole que trajera al bebé.

Momentos después se presentaba ésta trayendo al pequeño José Luis.

—Ya tendré al nene. Usted va a preparar la comida y a arreglar un poco todo.

El ama la miró sorprendida, y luego dijo:

—No, señora. Me perdonará usted, pero yo no voy a hacer eso. No puedo cansarme, porque luego no podría atender al bebé.

Por lo visto, el ama se solidarizaba indirectamente con sus compañeras, injustamente despedidos la víspera.

—Usted lo hará, porque yo lo mando ¡no faltaba más! Además, yo no sé hacer eso...

—Si usted, señora, no sabe hacer la comida, mña no es la culpa. Pero yo no puedo hacerla...

—Veremos si no lo hace usted... ¡Yo no puedo tolerar esto!

—La señora hará lo que quiera, pero yo no haré la comida.

—Está bien. Queda usted despedida.

El ama sonrió.

—¿Y el nene? — preguntó con ironía.

—Yo me encargo de mi hijo, no se preocupe usted por eso. Puede irse y pase esta noche a cobrar, cuando esté el señor.

—¡Já, já! ¡La mejor para atender al bebé!

Y salió de la estancia, dando un portazo.

Ester se quedó perpleja. ¡Faltarle al respeto así, esa sinvergüenza!

Se quedó sola con el bebé

Lo acostó en la cuna y se encaminó a la cocina.